

Interdisciplinarietà e investigación acadèmica. Entrevista a Emilio Lamo de Espinosa

AIDA RODRÍGUEZ CAMPESINO

Revista Historia Autónoma

aida.rodriguez@revistahistoriaautonoma.es

Revista Historia Autónoma, 8 (2016), pp. 177-183

e-ISSN: 2254-8726, DOI: 10.15366/rha2016.8



Madrid, 11 de febrero de 2016

Emilio Lamo de Espinosa (Madrid, 1946), es doctor en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y en Sociología por la Universidad de California. Es autor de más de veinte libros y numerosos artículos y colaborador de ABC y de El País. Fue director del Instituto Universitario Ortega y Gasset (1992-2001) y actualmente es presidente del Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos y profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Entre otros cargos, ha sido miembro del Research Committee del Instituto Universitario Europeo (Universidad Europea de Florencia), asesor del European Institute of Education and Social Policy (París), asesor del International Council of Educational Development (Washington), consultor para Sofres, Sofemasa y Democopia, miembro del Consejo Superior de Estadística y miembro del Consejo Asesor del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

Pregunta: Usted es actualmente presidente del Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, think tank del que fue uno de los fundadores. ¿Qué motivos le llevaron a crear esta institución y cuáles son sus objetivos?

Emilio Lamo: El Instituto Elcano es el resultado de un proyecto que se gestó durante mucho tiempo, y de la percepción de que hacía falta un *think tank* especializado en relaciones internacionales y política exterior, en un momento en el cual España estaba abandonando un larguísimo periodo de aislamiento, y tomando posiciones en el orden internacional; posiciones políticas en la Unión Europea y la OTAN, pero también económicas y sociales, es decir, las empresas estaban saliendo fuera, la sociedad se estaba abriendo, y no teníamos un centro de pensamiento de este orden. El Instituto se gestó en buena medida en torno a la Fundación Ortega y Gasset. Confluyeron además una serie de factores

favorables: la presidencia de Aznar, Josep Piqué como ministro de Asuntos Exteriores, la iniciativa de Eduardo Serra, y el patrocinio del entonces príncipe Felipe, que había estudiado Relaciones Internacionales en Georgetown, y estaba muy interesado y era buen conocedor de todos estos temas, y por ello fue el “gran padrino” de la operación. El objetivo de este centro no son tanto las relaciones internacionales, como la presencia de España en el exterior, en un sentido muy general. De ahí la composición del patronato de la Fundación, que es una fundación privada, y es resultado de un doble pacto. Por una parte, entre el sector público y el sector privado: al principio el sector público aportaba mucho, casi un tercio de la financiación, pero eso con la crisis se ha ido reduciendo, y el sector privado ha ido creciendo, en este momento más el 85% de la financiación es privada. Este primer pacto hace que en el patronato haya cuatro ministerios y grandes empresas. El segundo pacto es el de gobierno-oposición: el Instituto Elcano está diseñado como una institución bipartidista, y por práctica, siempre hay un representante del partido de la oposición. También se busca que en el patronato haya antiguos ministros de Defensa y Exteriores de ambos lados del espectro político. De nuevo, no nos centramos tanto política exterior, tampoco relaciones internacionales en general: nos interesa España fuera, en todas sus dimensiones, por eso aquí hemos tenido y tenemos líneas de investigación que son un poco “exóticas” en el escenario comparado, como son los temas de imagen, de lengua y cultura españolas. Le damos mucha importancia a la lengua española y a su futuro en el exterior.

P: ¿Cómo contribuye el Instituto a la investigación histórica?

EL: Este es un centro interdisciplinar, los *think tanks* tienen que serlo. La investigación en estos es muy distinta a la de la universidad. Una de las características de la investigación en este tipo de instituciones es que debe ser necesariamente interdisciplinar, porque los problemas reales, no los problemas académicamente definidos, son claramente interdisciplinarios. Ahí entra la historia, sociología, ciencia política, cultura, temas de lengua, temas económicos, jurídicos, y todo eso hay que juntarlo y trabajarlo a la vez. En ese sentido, es evidente que la historia es un componente esencial a la hora de afrontar cualquier trabajo en un *think tank*. No es casual que el fundador de uno de los grandes *think tanks*, Chatham House, fuera Arnold Toynbee. En general, en estos centros hay una gran aportación de historiadores. Las sociedades y los países tienen una gran inercia, y el mejor modo de saber qué va a pasar es mirar hacia atrás, tomar distancia, ver las trayectorias, las orientaciones. Además de eso, yo personalmente, como sociólogo, creo que las dos grandes disciplinas que permiten articular una visión de ciencias sociales son la sociología y la historia, que se retroalimentan. En buena medida la historia funciona con grandes teorías sociológicas, y la sociología funciona con datos y elementos históricos, y se tienen que enriquecer mutuamente. Que estén tan separadas hoy me parece un gran error. A mí me gusta mucho, personalmente, ya no como presidente de Elcano sino como investigador, y todo lo que llevo haciendo en los últimos años es con una perspectiva de ciclo largo.

P: En general, la multidisciplinariedad no se transmite bien en el ámbito universitario. ¿Usted cree que se fomenta la investigación interdisciplinar desde la Universidad?

EL: Con la última reforma de los planes de estudio, en mi facultad (Somosaguas) propuse que se creara al menos un curso común en ciencias sociales, con economía, historia, sociología, derecho. No tuve ningún éxito. Pero sigo pensando que es fundamental, que hay que tener una visión global. Las ciencias sociales no se deben parcelar, especialmente cuando estás lidiando con problemas reales.

“Las sociedades y los países tienen una gran inercia, y el mejor modo de saber qué va a pasar es mirar hacia atrás, tomar distancia, ver las trayectorias, las orientaciones.”

P: Usted fue uno de los pioneros en el estudio de la imagen de España en el exterior, un tema que últimamente se está haciendo más visible en diversos ámbitos. ¿Cuáles fueron los motivos que le llevaron a decantarse por este objeto de estudio?

EL: Yo empecé a trabajar sobre esto alrededor de la Expo de Sevilla de 1992, que fue un momento de una gran operación de imagen

española, muy exitosa, junto a los Juegos Olímpicos de Barcelona. Los dos eventos fueron la “tarjeta de presentación” de España en el mundo. Entonces me empezó a interesar, organicé un ciclo de conferencias que se llamó “La mirada del otro”, un eslogan que ha tenido cierto éxito. Considerábamos que los españoles teníamos una imagen de nosotros mismos muy deteriorada, como resultado de una historia compleja y confusa. En el fondo, sospechábamos que había mejor imagen fuera que dentro, aunque la imagen exterior era muy potente en ciertas dimensiones, y mala en otras. Empezamos a trabajar sobre ello, y en el año 1996, cuando era ministro de comercio Javier Gómez Navarro, me encargó una investigación que fue pionera. Estudiamos Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y España, contrastando las imágenes que se tenía en esos países de España con la que los españoles teníamos de nosotros. Así se incorporó esta línea de trabajo. Los datos han puesto de manifiesto que España, junto a Italia, es uno de los países en los que la diferencia entre la valoración que los nativos le damos a nuestro país, y lo que los extranjeros le dan es mayor. La autoimagen es muy negativa. En otros países ocurre al contrario, que la imagen que tienen los nativos es muy potente, y la de los extranjeros es muy negativa. Es el caso de Rusia y China. En España ha habido un gran deterioro de la autoimagen como consecuencia de la crisis, pero ahora parece que está empezando a recobrar un poco, aunque aún no tenemos datos recientes.

“Los datos han puesto de manifiesto que España, junto a Italia, es uno de los países en los que la diferencia entre la valoración que los nativos le damos a nuestro país, y lo que los extranjeros le dan es mayor.”

P: En este contexto está incluido el proyecto Marca España.

EL: El proyecto Marca España surgió en la primera época del Instituto, con la colaboración de otras instituciones. El objetivo era empezar a gestionar la imagen de España en el exterior. Aquello fracasó, hubo elecciones, y pasando por encima los detalles, se lanzaba, y cada vez que había un cambio de gobierno se liquidaba, se volvía a lanzar, de nuevo se anulaba... En este momento, los datos más recientes (de antes del verano de 2015) muestran que el proyecto Marca España es muy conocido por la ciudadanía española, y valorado positivamente. Creo que los españoles han entendido que este es un proyecto de Estado, o incluso de sociedad, global, no es de partidos, y a todos nos interesa que la imagen sea buena. Aquí ha habido dos imágenes tradicionales, una es la que deriva de la leyenda negra, de un país duro, agresivo, imperial, de conquistadores, inquisidores, de curas, obispos, de extrema derecha, integristas

y duro; y la imagen romántica, de un país de contrabandistas, de toreros, una imagen más festiva. Estas dos imágenes continúan en cierto modo existiendo, aunque han sido superadas por la imagen de la Transición, de talante positivo. Nos hemos dado cuenta de que se ha incidido mucho en el “Spain is different”, eslogan que tuvo éxito, hemos vendido la imagen romántica, de un país de sol, vacaciones, un poco anárquico, divertido, agradable, simpático, que es una imagen muy útil para muchas cuestiones, como la gastronomía, la restauración y el turismo, pero no tan buena para vender tecnología, por ejemplo. Ahí estamos luchando para mantener la imagen de país bueno para vivir, pero ganando puntos en la imagen de país bueno para trabajar e invertir. Normalmente los países buenos para vivir no lo son para trabajar, y a la inversa. Hay pocos países que sumen los dos rasgos, Francia es uno de ellos, o Suecia, Suiza. Estamos intentando que España también lo sea.

P: Se quiera o no, un país proyecta una imagen, que se puede gestionar, es decir, intentar controlar qué se transmite, aunque es algo muy complejo. ¿Qué medidas se pueden tomar?

EL: Pues me haces una pregunta que me llevo haciendo muchos años, y para la que no tengo una buena respuesta. Es bastante fácil conocer cuál es la imagen de España en un país concreto (en el mundo no la hay, porque las imágenes se distribuyen, y por tanto hay que analizarlas por regiones culturales o al menos por países). Una cosa es conocer la imagen y otra es gestionarla. Esto es lo complicado, pues todos hacemos imagen constantemente. Pero sí creo

que un gobierno tiene la capacidad de definir algunas líneas maestras, y articular y coordinar al menos las operaciones públicas de imagen, quizás también las privadas, en algunas zonas concretas, por ejemplo, en algún país de América Latina, para conseguir que la imagen del país sea coherente, y que los diversos impactos y elementos de comunicación se sumen y no resten. Por ejemplo en América Latina, la imagen de España está muy determinada por la percepción de las grandes empresas españolas, pero también viceversa. De hecho la penetración de las grandes empresas se vio facilitada por buena imagen política del país, resultado de la transición, y a su vez la *performace* de las empresas contribuye a mejorar o no la imagen del país. No se trata tanto de hacer una gran gestión, de grandes campañas de imagen, sino más bien de un *micro-management* a nivel local, y sobre todo, aprovechar las oportunidades. Hay que tener una actitud oportunista: si en un país ocurre algo importante, algún tipo de acontecimiento complicado, hay que aparecer, comunicar el apoyo, lo que tiene mucho impacto. Hay que estar atentos, tener esa capacidad de reacción para aprovechar coyunturas específicas para lanzar mensajes positivos. Pero no es un tema fácil.

“Las imágenes de los países son, en buena medida resultado de la historia, de las relaciones históricas entre países.”

P: Peter Burke afirmaba que uno de los principales problemas del estudio de las mentalidades colectivas es el de la “inmovilización”: los historiadores han demostrado ser más eficaces describiendo las mentalidades de un momento concreto que explicando sus variaciones (cómo, cuándo y por qué cambiaron). Como sociólogo y buen conocedor de la historia, ¿qué herramientas de análisis considera que debemos tomar prestados los historiadores de la sociología para sortear este problema? ¿En qué medida podrían ayudarnos a estudiar una cuestión tan compleja y volátil como son las imágenes y percepciones?

EL: Eso se puede estudiar mediante series históricas para hallar una evolución. Respecto a las mentalidades, las creencias y las actitudes, en este momento los sociólogos e historiadores disponemos de muchos datos, encuestas de valores, el World Value Survey... Es espectacular la cantidad de datos que hay. Y eso te da una información sobre lo que ha sido el cambio cultural, de valores, de creencias, en el mundo. En el tema concreto de las imágenes, hay un elemento a tener en cuenta, que nuestras investigaciones han venido acreditando, y es que las imágenes de los países son, en buena medida resultado de la historia, de las relaciones históricas entre países. Lo que ocurre en un momento dado es la superficie del iceberg, y debajo de eso está la historia. Por tanto, no es fácil cambiarlas, más que apoyándose en la historia y jugando con ella. Pero al final, ese elemento profundo, que está en la cultura general, en las lenguas, los libros de texto, de historia, las mentalidades colectivas... eso es muy difícil de cambiar.

Solo grandes eventos, como fue el caso de la transición española, consiguen modificarlas. Es inercia de nuevo, la inercia de la historia.

P: ¿Cree usted que el mundo académico español está interesado en hacer una buena divulgación entre la sociedad de los resultados de la investigación? Y a la inversa, ¿cree que la sociedad española demanda ese conocimiento académico? ¿Hay un hermetismo entre ambos, una falta de diálogo?

EL: A lo segundo diría que sí, y a lo primero que no. Creo que en este momento España tiene una sociedad culta, educada, lo que ha sido uno de los grandes éxitos de la democracia. Esta sociedad está informada y activa, por todo el país han florecido como consecuencia de la crisis foros de debate, de discusión, círculos cívicos, de conferencias, y eso prueba que la sociedad quiere participar y saber. Tenemos una sociedad civil que en el fondo es mucho más activa hoy que lo que hemos venido diciendo los sociólogos porque históricamente, no lo estaba. Hoy sí, por tanto, ha habido un cambio enorme. A lo primero, desgraciadamente no. Creo que la investigación en ciencias sociales, universitaria, tradicional, académica, ha tenido dos defectos grandes. El primero es que está muy ensimismada, los temas de investigación se definen en términos académicos, y no de relevancia social, en función de la disponibilidad de datos o instrumentos que permiten analizar una cuestión, y por tanto, se abandonan problemas relevantes porque no tenemos información o esquemas, de modo que se trabaja para otros investigadores y no para resolver problemas

sociales, por lo que la investigación pierde relevancia. Además, las investigaciones se expresan frecuentemente en lenguajes esotéricos, hay una tentación entre los jóvenes científicos sociales al uso continuado de jergas científicas que son incomprensibles para la sociedad, de modo que cada vez más las ciencias sociales se alimentan a sí mismas, trabajan para sí mismas y se desentienden de los problemas de la sociedad, con lo cual pierden relevancia. Como consecuencia de ello, aparecen los *think tanks*. Son justamente el intento de mediar entre la ciencia social por una parte, y la realidad social por otra. Su tarea es coger los problemas reales, analizarlos interdisciplinariamente, y proyectar, comunicar esos análisis e investigaciones a la sociedad. Es fundamental saber transmitirlo.

“Los temas de investigación se definen en términos académicos, y no de relevancia social”

En buena medida creo que el éxito de los *think tanks* en todo el mundo tiene mucho que ver con el ensimismamiento de la investigación académica. Es curioso, porque buena parte de los científicos sociales son gente de izquierdas, progresista, que piensan que su tarea es emancipar a la sociedad, pero escriben sin dirigirse a la sociedad, por lo que esa posibilidad la cancelan. Y no digamos ya cuando esa escritura se tiene que hacer en inglés: estás supuestamente emancipando a una sociedad elaborando discursos que se dirigen al mundo anglo-parlante, y que por tanto

pasan a leguas de distancia de esa sociedad cuyas preocupaciones dices que quieres asumir. Ahí hay una paradoja, entre hacer ciencia, por un lado, y hacer emancipación, por otro, ilustrar, que es en buena medida la función de los científicos sociales. Ilustrar a la sociedad sobre sus propios problemas para que sea ella la que pueda gestionarlos. En ese ensimismamiento hay aflorado los *think tanks* como una gran oportunidad. Estamos cubriendo una tarea que la universidad ha abandonado, desgraciadamente.

P: Por concluir mencionando un tema de actualidad, hay numerosos académicos que opinan que la Unión Europea va a acabar siendo una especie de anécdota, que no se va a lograr avanzar hacia una mayor unidad política ni cultural. ¿Cuál es su opinión sobre el tema?

EL: Pues la situación es preocupante, eso lo primero. Lo segundo, es que es un gran proyecto histórico, realmente exitoso, con una visión de largo plazo. A lo largo del siglo xx Europa hizo dos experimentos políticos desastrosos, que fueron el fascismo y el comunismo, y uno exitoso, la Unión Europea. Este proyecto nos ha proporcionado el periodo más largo de estabilidad y seguridad, de libertad, defensa de los derechos humanos, de prosperidad y bienestar. Es un éxito que en este momento ha entrado en seria crisis. Probablemente porque no es capaz de ir más allá. Lo que necesitaríamos hoy es más Europa, y no menos. Yo personalmente, y esta institución, defendemos desde hace un tiempo un modelo federal, e incluso la etiqueta de los Estados Unidos de Europa. Todo lo que no sea

caminar en esa dirección es un error, y ahora no lo estamos haciendo.

“Lo que necesitaríamos hoy es más Europa, y no menos.”

La consecuencia es que somos incapaces de estabilizar nuestras dos fronteras tradicionales, la del este y la del sur, y por ello estamos siendo objeto de una penetración de problemas (los refugiados, el problema del terrorismo), lo multicultural, que puede enriquecer mucho o empobrecerte, dependiendo de la gestión y el éxito de la misma. En este momento, Europa está en una posición preocupante, si a ello le unimos la economía, el euro... La dependencia histórica del paraguas de los Estados Unidos, el hecho de que Europa se haya podido constituir gracias a este, y como consecuencia de eso no haya querido asumir las responsabilidades de su propia seguridad, ha dado como resultado una incapacidad para controlar nuestra frontera sur. La frontera del Mediterráneo es la frontera más marcada del mundo, en términos religiosos, culturales, políticos, demográficos, y económicos. Hay dos veces más de salto socio-económico entre el sur y el norte del Mediterráneo que entre México y Estados Unidos. Si no somos capaces de estabilizar el Mediterráneo sur, los problemas se mantendrán. No puedo decir con confianza que esto se vaya a resolver, pero lo que sí sé es que Europa tiene más solidez en este momento de lo que pueda parecer, tiene poder para aguantar. Pero lo ideal no es que aguante, sino que tome la iniciativa.